

## 087. ¿Dónde nos espera Dios?

Cuando en una noche serena miramos el firmamento tachonado de estrellas innumerables, la constelación que más nos llama la atención, la más bella de todas, es la de Orión, en medio de la cual vemos esas siete estrellas formando una T inclinada, como trazada por un escritor de muy buen gusto... La contemplaba también una niña pequeña, muy precoz, llamada Teresa, y comentaba a sus papás y hermanas:

- *¡Veo mi nombre escrito en el cielo!*

Teresita de Lisieux no se equivocaba, y con intuición y palabras de chiquilla nos hacía el mejor comentario a lo que Jesús nos hace repetir en su oración: “Padre nuestro, *que estás en el cielo*”.

Jesús se demostró con esta sencilla expresión un pedagogo y un educador formidable. Mejor que cualquiera de nosotros, sabía Jesús que Dios está en todo lugar. Que a todas partes podemos dirigir nuestra mirada cuando lo buscamos. Que se nos hace encontradizo en cualquier esquina de la calle. Que lo hallamos en los hermanos y en el fondo de nuestro corazón. Que para Dios no hay ni arriba ni abajo, ni norte ni sur, ni oriente ni occidente, porque su Majestad infinita llena y sobrepasa toda la creación.

Todo eso es verdad. Y por lo mismo, cuando hablamos de Dios en el cielo, estamos jugando con imágenes.

Pero nadie puede negar que todos los hombres de todos los tiempos han señalado el firmamento que se extiende sobre la tierra como la morada preferida de Dios y el lugar privilegiado donde Dios nos espera.

Jesús entonces, acomodándose a nuestra imaginación, idiosincrasia y manera de pensar, nos señaló el cielo para decirnos cuál es nuestro destino final, dónde está nuestra morada definitiva, cuál ha de ser el término de todas nuestras aspiraciones: ¡El Cielo! Porque en el Cielo está Dios. Porque nuestro Padre nos aguarda en el Cielo...

En la Ascensión, ¿hacia dónde se dirigió Jesús? Hacia la altura, hasta perderse detrás de la nube en el cielo azul. Siempre con la misma imagen. ¿Por qué Jesús lo hizo así?...

El apóstol San Pablo, igual que Jesús. Con la misma imagen del arriba, del más allá del sol y de las estrellas, nos dice: “*Buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la derecha de Dios. Pensad en las cosas de arriba, no en las de la tierra*” (Colosenses 3,1-2)

El Catecismo de la Iglesia Católica (2802) nos lo dice con estas palabras: “*Que estás en el cielo*” no designa un lugar, sino la majestad de Dios y su presencia en el corazón de los justos. *El cielo, la Casa del Padre, constituye la verdadera patria hacia donde tendemos y a la cual ya pertenecemos*”.

De este modo, con esa pedagogía de Jesús, cada vez que rezamos el Padrenuestro y dirigimos el pensamiento hacia las alturas, se renueva en nosotros el deseo, la esperanza y el gozo anticipado de la vida futura en una eternidad feliz dentro del seno de Dios.

Aquel famoso Cardenal y novelista (Wisseman) estaba internado en el hospital, y, al saber que los médicos habían agotado todos los medios para salvarle la vida, se dirige con humor a la enfermera:

- *¿Ha oído lo que dicen los médicos? Han dicho que voy a volver a casa. ¿No le parece esto bien hermoso?*

- *Para usted, sí; pero no para nosotros, que ya no vamos a disfrutar de su compañía... En el hospital le echaremos mucho en falta.*

Uno y otra hablan lenguaje diferente. Ella piensa que al enfermo le dan de alta; el paciente sabe que no hay nada que hacer. Así que prosigue:

- *¿Sabe usted lo que es la nostalgia? Mire, mi buena amiga. Me voy para estar con mi Padre. Soy como un niño que vuelve a casa para estar con su padre. Yo me repito las palabras de despedida pronunciadas por el Señor: Salí del Padre y vine al mundo: ahora dejo el mundo y otra vez vuelvo al Padre.*

Vivir esta esperanza, esta certeza, esta ilusión por los bienes eternos, es lo que conviene al mundo de hoy, sumido en tanto problema.

Porque hay demasiado materialismo en nuestros días, y nos estamos olvidando de los bienes eternos.

Porque hay también demasiado dolor, y sólo la seguridad en una felicidad que no se acabará es lo único que trae la tranquilidad y al paz del alma.

Si es cierto que nuestra sociedad se agarra cada vez más al bienestar y al placer de la vida, sin que le importe gran cosa lo que se le dice del más allá, el rezo del Padrenuestro —con ese “*Que estés en el cielo*” repetido muchas veces—, podrá devolverle la fe y las esperanzas en una dicha muy diferente de la que ahora disfruta.

Los grandes Santos, que han vivido el Evangelio a plenitud, han expresado esta su ilusión del cielo con fórmulas muy bellas.

Un Juan Crisóstomo: *Adondequiera que voy, veo siempre el cielo sobre mí, donde me espera mi Padre.*

Un Antonio María Claret: *Mis pensamientos, afectos y suspiros se dirigen al Cielo. No hablaré ni escucharé sino cosas de Dios que me lleven al Cielo. Los miembros se unen a la cabeza, el hierro al imán, y yo a Jesús.*

Una Teresa de Ávila, quizá la mujer más aventurera que ha tenido la Iglesia, con sus conocidos y apasionados versos: *Vivo sin vivir en mí, - y tan alta vida espero, - que muero porque no muero.*

Con un poco de imaginación, cada uno de nosotros puede trazar su nombre con las estrellas en el fondo del firmamento. Es el mismo Señor Jesús quien nos está diciendo que sí, que allá arriba está nuestro destino y nuestro final, porque allá nos espera nuestro Padre, *que está en el cielo...*